

CONFIESO ANTE TI

Mis ojos, aún sin ser abiertos del todo, luchaban por vencer a la oscuridad de la noche. El ruido exterior anunciaba la otra lucha, todavía más desigual, entre la frontera que marca el “Buenos días” o las “Buenas noches”, según las convenciones sociales. Debo decir para ser justos, que en mi lucha partía como favorito, al contrario de lo sucedido meses atrás, en los que, cada mañana se presenciaba un verdadero duelo a muerte entre las más hondas guerras existenciales y la cruda realidad que siempre acababa imponiéndose. Por aquel entonces, cualquier espectador que hubiera tenido la oportunidad de asistir desde un palco de honor a dichas disputas, habría podido presenciar que no se escatimaban recursos en cada uno de los bandos, para poder salir triunfantes en tal vigorosa, pero también tan rutinaria pugna; cuyo triunfo sólo te permitía el crédito para seguir jugando un día más: El siguiente. No era así esa mañana. En este caso, yo era favorito, tenía además las cartas marcadas ¿Por qué era tan diferente a las anteriores mañanas? Probablemente, influya de manera casi decisiva el hecho de que me sentía, por primera vez en mucho tiempo, dueño de mis acciones, de mis actos y hasta de mis prioridades. No debe ser esto un tema menor, puesto que, a diferencia de meses anteriores, ahora era yo cada mañana el que saboreaba las mieles del triunfo y además, era consciente de ello.

Aquella mañana también vencí claramente, 5.50 de la mañana marcaba el reloj del dispositivo que me daba dicha información cada vez que se lo demandaba. Con un ánimo completamente inimaginable en aquellos tiempos en los que sólo vencía en la lucha previamente descrita haciéndome trampas al solitario, me encaminé hacia la cocina para preparar el café de la mañana, que posteriormente sería combinado con mis galletas de avena. Ese momento, con el paso de los meses se había convertido

en uno de mis favoritos del día. ¡Qué diferencia con el pasado! Cada bocado de esas galletas mojadas en el café, me parecía un manjar succulento, aderezado cada uno, con toda una sucesión de pensamientos positivos y optimistas ¿Acaso algo podría ir mal? No, en ese momento no cabía ningún tipo de negatividad, ni siquiera podría llegar a imaginar como todas aquellas personas que observaba desde la privilegiada atalaya de mi sofá y que corrían abriéndose paso por la calle, en la mayoría de los casos, mirando hacia el suelo, abducidos por una extraña atracción que les parecía impedir tomar contacto con uno mismo y las circunstancias que les rodeaban, pudieran no estar disfrutando como yo, no obstante, compartíamos la misma fecha, la misma hora, la misma calle y, por supuesto, la misma maravillosa ciudad de Málaga, que, hasta en esto, es sencillamente diferente. En ningún lugar del mundo que he tenido la oportunidad de visitar, se pueden unir de manera tan simbiótica y tan magistral la luz, el clima, la estación del año y el carácter de sus gentes. También en esto era un privilegiado: Nací y crecí en Málaga.

Mientras daba cuenta de mis últimas galletas mezcladas cuidadosa y calculadamente en el café, me dirigía, metafóricamente hablando, a mi segunda actividad de la mañana: Leer los titulares de la prensa del día, al mismo tiempo que encendía el primer cigarrillo de la mañana. Seguía en ese momento en el que nada podría ir mal. La seguridad de dicha afirmación iba desgastándose a medida que avanzaban las horas del día. Era todo un presagio y, al fin y al cabo, un aprendizaje ya adquirido de que “todo es susceptible de empeorar porque para ello sólo se necesita estar bien”. Titulares de prensa nacional, alguna que otra encuesta electoral y, por supuesto, la actualidad local, sin pasar por alto la sección deportiva, cuyos intereses, al menos para mí, tenían que ver, sobre todo, con mis dos pasiones locales: El Málaga y el

Unicaja. En ambos casos en cada una de las acepciones que he tenido la oportunidad de conocer.

El ruido en la calle iba aumentando con el paso de los minutos, a medida que se abría paso la luz derrotando irremisiblemente a la oscuridad de una forma que sólo se ve en esta ciudad. Mientras tanto, he ido descubriendo el placer que me produce ir comprobando cómo los negocios del barrio van emprendiendo su actividad diaria. Era otra forma de sentirme acompañado también por ellos y por sus clientes, puesto que en los tres casos a los que me refiero, son negocios de hostelería. Ya se sabe, en Málaga librerías no sé, pero bares...

Tras semejante oda al optimismo que suponían los primeros minutos del día, la realidad iba abriéndose paso poco a poco, casi a empujones, poniendo esa dosis de cordura, tan necesaria, pero en determinados casos, tan prescindible. Cuando dicha riada de cordura y realidad impregnaban los albores del día, solía invadirme poco a poco, un estado de somnolencia que era como un mecanismo de defensa para luchar aguerridamente contra esa realidad descorazonadora que, por otro lado, era también inevitable. Poco a poco, lenta pero seguramente me iba adentrando en un sueño cada vez más profundo, hasta el punto de no ser consciente de la realidad o, mejor dicho, en una realidad que poco tenía que ver con la luz, la meteorología, los sabores o las personas antes mencionadas.

Efectivamente, a medida que iba entrando en el sueño, era curioso observar cómo las personas y hasta la realidad completa se iban transformando. Aquel niño que aparecía ahora tenía bastantes años menos. La luz, la claridad, el ruido eran aún mayores, no obstante eran dos horas y media después. En aquella ocasión no había café sino colacao caliente y dulce. Era otro manjar exquisito pero bastante más volátil, pues solía beberlo de un solo buche y claro está, con semejante edad, no había

tabaco que fuera ni ganas de consumirlo. Otra gran diferencia era que, si quería leer el periódico, tendría que ir al Kiosco de Juan a comprarlo. Tampoco era tan grande mi ansia de información.

El ruido era de otra forma, con otros componentes y otros orígenes. Procedía del tráfico de coches y autobuses, de algún que otro claxon, arrancadas y frenadas; ruido de carretillas de mercancías que entraban y salían de la tienda de Pedro, que por cierto, nunca entendí el motivo de su nombre puesto que allí nunca conocí a nadie llamado Pedro. También era inconfundible el entrañable Tobalo, aquel que convertía cada mañana la calle Ayala en una lonja de pescado y que organizaba la contabilidad de sus cobros por el número de billetes. El precio de su producto, tanto vendedor como cliente, lo acordaban de esa manera. El origen del pescado que vendía Tobalo procedía, claro está, del mismo lugar que el resto. Lo que lo hacía diferente era la presencia, en determinadas ocasiones, del manjar de los chanquetes, que poco tenía que ver con el origen oriental del sucedáneo que conoceríamos después. Estos chanquetes eran de la Bahía de Málaga, no de Shangai. Tobalo no entendía de otro origen ni de otras formas de negocio.

Me debía dar prisa porque aún tenía que pasar por el lavabo a asearme y, sobre todo, a peinarme, que no era un propósito menor. He de decir que las características de mi pelo han ido en consonancia siempre con la docilidad de mi carácter, es decir, sumisos precisamente nunca hemos sido. Cada mañana me citaba delante del espejo para tener esa lucha a brazo partido entre mi cabello y yo. Le exigía demasiado: la raya bien marcada con algo de flequillo cayendo “involuntariamente” sobre la frente. Teniendo en cuenta, la hora que era, la poca docilidad del cabello y la dosis de paciencia que siempre he tenido, la aventura cada mañana estaba casi destinada al fracaso, pero, al menos, debíamos abandonar el aseo con una derrota digna que me

mantuviese durante, al menos las tres primeras horas del día. Mientras luchaba a brazo partido con aquel cepillo con borde de madera, mirando aquel espejo encima del lavabo, imaginaba cómo me verían todas las personas que se iban a cruzar conmigo durante el día. Era evidente, que para estar en perfecto estado de revista, debía emplear un tiempo del que nunca disponía cada mañana, además era consciente de que la materia prima nunca estaba dispuesta a facilitarme las cosas.

El vestuario y la mochila debían estar listos para salir casi derrapando de la casa hacia el portal que era el lugar de encuentro con las primeras personas ajenas a mi familia que veía cada mañana. Digo ajenas a mi familia porque la primera persona con la que entablaba conversación cada día era mi Tata. Dolores, que así se llamaba, era mi segunda abuela. Yo tenía una abuela: La abuela Anita (madre de mi madre). Nunca conocí a la abuela María Victoria, pues falleció cuando Papá era un joven apuesto (sigue siendo apuesto aunque menos joven lógicamente), mereciendo comerse la vida a bocados tras todas las penurias vividas por él, la familia y en definitiva casi todas las familias por la sinrazón de la guerra y , sobre todo, la posguerra. Pero la vida, lejos de convertirse en una mansa balsa de aceite, se mostró a él y a la familia Carrasco Encina, que así se llaman, en un tormentoso Mar del Norte, de aguas ingobernables por los mejores marineros. Aunque ellos disponían de uno de los mejores posibles: Mi abuelo Fernando (padre de mi padre), quien, además de luchar contra la necesidad para sacar adelante a siete hijos, lo tuvo que hacer con la mejor de sus sonrisas, tras perder a su esposa (Mi abuela María Victoria) y luchando en una sociedad azotada por dos de las peores enfermedades posibles: El rencor tras una contienda entre hermanos y la necesidad de alimentos básicos. Cuando reflexionamos acerca de esto, nunca parece que hagamos el suficiente reconocimiento a una generación que, a pesar de todas las miserias que la asolaron,

consiguieron salir adelante y transmitirnos todos los valores y todas las comodidades de las que disfrutamos. Volviendo a la Tata, para conocer algo de mi relación con ella, debo decir que llegó a la casa cuando yo cumplí los tres días de vida. Desde ese momento, yo he sido para ella algo mucho más importante que un niño a quien cuidar porque sus padres tenían que salir a trabajar para ganarse la vida. He sido para ella, con todos mis respetos a su familia carnal, un hijo propio o, por edad, un nieto propio a quien estaba dispuesta a defender y cuidar como sólo sabían hacerlo aquellas personas cuya única formación es la resiliencia y sus únicas armas son el amor y la protección llevadas al extremo casi del instinto animal.

Ya decidido a emprender el camino hacia el portal, que era el lugar donde tenía parada la ruta "F" del Colegio Europa, cerré la puerta y encaminé mi cuerpo y todos mis sentidos hacia la izquierda para afrontar los cuatro pisos de escaleras que me separaban de dicho portal. No estaba yo dispuesto a perder el tiempo esperando el ascensor. Este camino, lejos de ser un paseo cuidadoso, afrontando cada escalón de cada una de las plantas, se convertía en una verdadera contrarreloj de la que tomaban conciencia cada una de los pisos que limitaban con mi trayectoria, debido a los estruendos que despedían los continuos impactos de las suelas de mis zapatos, producto de los saltos con los que yo los afrontaba. En este punto del relato, he de decir, que la presencia de la parada en mi portal y no en el número 7 de la calle, que era donde hasta ahora venía parando la ruta, fue otra victoria de la gran Mariscal de Campo de todas las batallas de mi vida: Doña María del Carmen Cassini Calvo, sí, a la sazón, mi madre. Para acercarme a hacer justicia a todo lo que me ha aportado mi madre en mi vida, debería hasta ponerme de pie al nombrarla. No será necesario dedicar un apartado especial a ella, puesto que es toda ella la que inunda todos y cada uno de los apartados de mi vida. Decía que fue ella quien consiguió que la ruta

parara en mi portal, aún recuerdo una mañana, cuando ascendía por las escaleras del autobús, escuchar detrás a mi madre discutiendo con el conductor, haciéndole ver claramente donde tenía que parar. En una primera instancia el conductor la intentaba persuadir de sus intenciones. Es evidente que ese señor no conocía a la Señora Cassini, puesto que, a pesar de sus 150 centímetros de altura mal contados, la ciudad de Málaga no disponía de un ser vivo capaz de interponerse entre la protección materna y el amor a su hijo de Mari Carmen y cualquier obstáculo que pudiera suponer el menor atisbo de daño hacia su hijo.

Ya en el portal, solían estar dos de los grandes amigos de mi infancia: Los hermanos Cardozo, Andrés, dos años mayor que yo y Miguel, de mi edad. Nos conocimos la noche antes de entrar en mi nuevo Colegio Europa, cuando su madre, la entrañable Manuela y la mía se cruzaron a la altura de mi portal. Ella, acompañada de sus dos hijos, venía de comprar un pollo que les serviría de cena aquella noche. Mi madre y yo en nuestro portal, haciendo casi de anfitriones. A pesar de mis escasos seis años en aquel momento, me di cuenta de la zozobra que iba a suponer para mi Mariscal particular la asistencia al nuevo “cole” de su hijo, “su gloria santa” a cinco kilómetros de la Málaga de entonces, al que tenía que acudir en una ruta nueva, con compañeros nuevos. Sólo una madre y un padre responsables, debían de sentir dicha zozobra, y mis padres lo eran y mucho.

También estaban en la parada Joselito, con su hermana Amelia, Laura, la benjamina de todos los que formábamos dicha parada y, como no, Yolanda. La he querido dejar para el final, porque con ella descubrí que existe el amor a primera vista, que puede llegar siendo aún muy jóvenes los dos, y que éste puede no ser correspondido. Sí, con seis años ya descubrí el desamor. Yolanda era una chica que aglutinaba todas las bondades que la belleza femenina pudiera albergar, al menos desde mis pueriles

ojos. Los suyos eran claros, llenos de inocencia y alegría, su sonrisa inundando cada esquina de su rostro, convertían en un regalo cada momento, cada instante que pudiera compartir con ella, aunque fuera en aquel lugar y rodeados de tanta gente. A mí me bastaba con ello y con salir airoso de cada afrenta que era en lo que yo convertía cada encuentro de cada mañana en dicho portal.

Poco después llegaron los Hermanos López. Jairo, el mayor, también tenía dos años más que yo, como Andrés Cardozo; Francisco, el menor, al igual que Miguel Cardozo, tenía mi edad. Aunque fuera sólo por eso, estábamos predestinados a entendernos, y además, compartíamos la ruta y la parada, no así el equipo favorito de fútbol.

Sentados en la cuarta fila de escalones del portal estábamos Miguel, Francisco y yo, de pie haciendo de centinela, Joselito, quien pasados unos segundos de las 8.50 de aquella mañana de octubre, alertó de la proximidad del autobús:

-Ahí viene- comentó elevando suavemente el tono para que todos estuviéramos preparados. Seguidamente, nos tocaba a los demás coger las mochilas, abrir el portal y dirigirnos a la puerta delantera del autobús.

-¡Cuidado!- Gritaba desde el tercer escalón de la subida al bus, dándole la espalda al conductor, nuestro delegado de ruta, Vázquez. Los delegados de ruta eran esos alumnos responsables y de cursos mayores que cuidaban del bienestar y de la disciplina en cada una de las rutas. A cambio, intuía, repito intuía porque no lo puedo confirmar, no pagarían lo que el resto de alumnos que utilizaban dicho servicio. Era evidente que si el precio era no compartir esos momentos con Yolanda, a mí no me compensaría jamás, por mucho que no pagara el servicio.

Una vez arriba nos colocaba Vázquez donde él considerara oportuno, en algunos casos, hasta de tres en tres, siempre y cuando la necesidad del número de plazas así lo requiriera y por supuesto el tamaño de los cuerpos lo permitiera. He de decir, que

por edad yo estaba entre los candidatos a tener que formar tríos de viajeros, pero por tamaño corporal, mi candidatura se salía claramente de las opciones preferidas.

-Carrasco, ¿Es tuya la farmacia de ahí?-, preguntó Bujalance, un compañero mío de clase.

-No-, respondí esbozando una ligera sonrisa. Y es que, junto a mi portal donde cogíamos el autobús, estaba la Farmacia Carrasco, tal y como se podía leer en los toldos que se descolgaban por la fachada del establecimiento, por lo tanto no estaba mal tirada la pregunta. Al subir, la misma rutina de siempre, mochila al maletero de arriba y yo sentado con mi balón de fútbol que iba dentro de una bolsa de El Corte Inglés. No era cualquier cosa mi balón, era un "Tango Adidas" igualito de los que yo puedo ver por la tele o en La Rosaleda cuando voy con mi padre y mi abuelo Fernando al Málaga. Aquel balón, además del desembolso económico que hicieron mis padres, era sólo por esta razón, muy especial para mí. Mis padres, también supieron inculcarme lo necesario de valorar las cosas. Me repetían que todo lo que yo podía tener venía como fruto del esfuerzo y del trabajo de ellos. Yo, no solo jamás me lo tomé como un chantaje emocional, sino que me sirvió para, poco a poco, ir tomando conciencia del valor exacto de las cosas. De asuntos tan simples como que si tenemos un coche, un Renault 7 amarillo, es por el esfuerzo que previamente mis padres tuvieron que hacer para ahorrar el dinero necesario para comprarlo. Nunca fue bien recibido el crédito como forma y filosofía de vida. Además, si lo decían mis padres, no podía ser mentira, debía ser la verdad más redonda del universo, si éste tiene verdades redondas. Claro está que el hecho de dar tanta credibilidad a lo que mis padres me decían era por el altísimo porcentaje de acierto que tenían sus aseveraciones.

De fondo suena la música de la emisora de Radio Torremolinos de los 40 Principales. Llevan anunciando días un evento que debe ser importante, yo ya me he acostumbrado a tararear la música del eslogan: "Mil semanas en la SER, Los 40 Principales". Al parecer, servirá para celebrar el aniversario de dicha emisora musical en nuestra ciudad. Me gusta ir mirando por la ventana escuchando música de fondo. Siempre la misma rutina, el mismo camino; y es que siempre he disfrutado con las rutinas, me ayudan a tener un orden en las cosas, a estar organizado. Ahora giramos por la fuente, dejamos a la derecha el Colegio San Manuel y el parque infantil que está frente al Mesón Don Diego. Luego afrontamos Héroe Sostoa para girar en Juan XXIII y subir hasta Carlos Haya. Ya ahí, no hay remedio posible: Hasta el Puerto De la Torre y finalmente sobre las 9,15 al colegio. Ojalá lleguemos antes y no haya ningún autobús para que gritemos todos: "¡Los primeros, los primeros!". Así también me dará tiempo de jugar con mi pelota algo al fútbol en la explanada de los autobuses, pero debo de tener cuidado de que no se vaya rodando por la cuesta que hay a la espalda de los vehículos, ¡imagínate la vergüenza! Además, es mi tango Adidas, no es cualquier cosa.

No ha sido posible, hemos llegado los segundos, ya estaba la ruta B colocada en su lugar, es decir, la segunda línea empezando por el lugar más próximo a la cuesta que separa de la verja de entrada al centro. Al menos en la ruta B iban Enrique y Bori, si nos organizáramos bien podríamos jugar algo con mi balón.

Dicho y hecho, ¡Qué suerte hemos tenido! Disponemos de cinco minutos para jugar a unos centros. Yo me colocaré de portero, lo tengo claro. Enseguida suena la sirena, ya imagino a Pepe, con su traje gris de conserje, sus gafas y su pelo blanco, dándole al botón, que para mí era mágico. Tapado por una especie de funda de plástico de color azul, con forma cuadrada. Automáticamente, mi única preocupación era coger